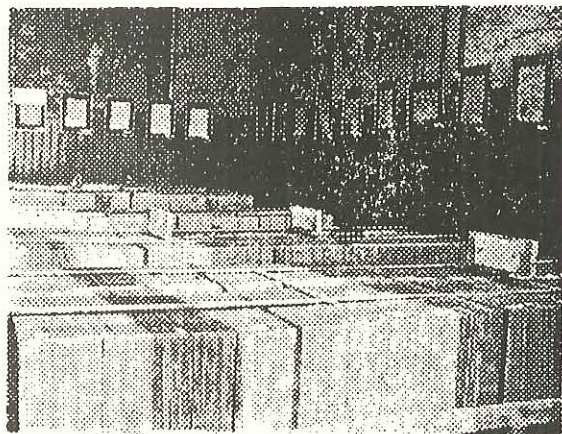


S.O.S. el nostre patrimoni cultural a la venda pública a Sant Miquel del Fai



Una de las salas en las que se exponen los documentos —ya enmarcados y listos para su venta—, en Sant Miquel del Fai. En primer término puede verse la batería de archivadores cerrados con barras metálicas y candados

El 25 de febrer de 1976 va sortir al «Tele/eXprés» una notícia que no hauria d'haver passat desapercebuda per cap arxiver ni bibliotecari mínimament sensibilitzat per la matèria. Contràriament, no hem vist fins ara que cap persona d'aquestes, i encara menys cap responsable d'algun d'aquests organismes i institucions, aixequés el calm i respongués públicament en aquesta nota informativa tan alarmant. A què es deu? Als directors d'arxius i biblioteques tan se'ls en dóna de tot això? Posats a tirar a terra monuments de tota mena, i anar esmicolant tot el patrimoni artístic, ara ja no ens ve d'aquí que es continuï amb el cultural?

¿Què fan —repetim i denunciem, l'Associació de Biblioteclàries de Barcelona— els qui, coneixent aquests fets escandalosos, no fan res per a impedir-ho o, en tot cas, no han respost públicament? De aquí depenia aquest arxiu? Per què no s'ha consultat persones competents abans d'iniciar una acció com aquesta?

Des d'ací, doncs, expressem la nostra indignació i astorament davant d'aquests fets, i sol·licitem dels responsables una explicació contundent de la venda d'aquest patrimoni cultural que, fins ara, era patrimoni de tot el poble.

EN VEZ DE CONSERVARSE EN LOS ARCHIVOS SANT MIQUEL DEL FAI: LIQUIDACION DE DOCUMENTOS ANTIGUOS

En otro lugar un cartel reza: «Documentos antiguos. Si le interesa saber si tenemos su apellido, díganos la población de donde es oriundo Vd. y gustosos le informaremos». Al pronto parece que no tiene nada que ver el apellido, el lugar de nacimiento y los documentos antiguos, pero sobre el austero portal de piedra labrada que da acceso al recinto, un pergamino simulado grita alegremente: «Antes de salir visite la exposición de Documentos Antiguos en los salones del Santuario. Hallará sin duda el apellido de alguno de sus antepasados, que puede adquirir a muy buen precio».

Aunque es prudente descansar el domingo, la incitación era excesivamente tentadora como para despreciarla. Por eso preguntamos, vimos, e indagamos. Pero en Sant Miquel no se responden preguntas. Si se quiere comprar alguno de los documentos que se hallan a la vista, todo es sencillo, pero si se quiere saber sobre un apellido concreto, si uno muestra curiosidad por el origen de los documentos, o si quiere curiosarse entre los centenares de documentos ya enmarcados y encristalados, «prêt à porter», que se almacenan en los archivadores de madera, cerrados con candado y suficientemente juntos como para no poder leer, la cosa no resulta tan sencilla.

Es cierto que la mayoría de los documentos —cuando menos los que están a la vista—, suelen ser en su

mayoría del siglo XVIII, esto es, de hace doscientos años. Pero, si se conservasen, dentro de otros doscientos, tendrían cuatrocientos. Y este fué el argumento que adujo a alguien que justificó el hecho por la escasa antigüedad. Si cada doscientos años la Humanidad hubiese ido esparciendo los documentos de dos siglos atrás, no habríamos podido escribir la historia. Y no importa que estos viejos escritos no hagan referencia a tratados internacionales, a batallas, guerras y armisticios, porque la historia no está hecha de grandes hazañas épicas, sino también de cosas más domésticas y cotidianas y, también, más significativas. En los salones del santuario de Sant Miquel del Fai hay impresos con los «gozos» de tal o cual virgen milagrosa, hay títulos y nombramientos a cuyo pie se puede leer un solemne: «Yo el Rey». Y hay también —y esto reviste mayor importancia sociológica que los documentos de las cancellerías—, deliciosas cartas de recomendación, hispánicas «enchufes» gestionados por los alrededores del 1700, en las que no falta ninguno de los ingredientes de la picaresca familiar. Y hay también, y en abundancia, propuestas para cubrir vacantes de alcaldes y concejales de casi todos los Ayuntamientos del Reino de Aragón. Y éstos sí que son documentos históricos para la historia menor, la histo-

ria municipal y pequeña de cada pueblo.

¿Cómo han llegado hasta aquí documentos de pueblos de Valencia —y también de Zamora, La Coruña y Cuenca—, y qué clase de documentos se esconden en los archivadores cerrados con barras y candados, o en las que en Sant Miquel llaman «las oficinas de Barcelona»?

En las tarjetas de la oficina se dice: «Disponemos de 200.000 documentos antiguos y cientos de firmas reales auténticas».

¿Qué hacen —me pregunto— las autoridades culturales de nuestro país? ¿Qué hacen quienes, conociendo estos hechos, no intentan remediarlos?

No nos oponemos a que cada quien idee su modo de resolver la subsistencia, e incluso de crear negocios. Pero hay cosas demasiado sagradas para ponerles en venta: hay cosas que son patrimonio de todos y que deberían custodiarse en archivos y bibliotecas para que las manejasen los investigadores. La verdadera tarea consiste en agrupar en centros adecuados todos estos documentos y no en esparcirlos frívolamente, vendidos como «souvenirs», porque quedan muy bonitos enmarcados con un fondo rojo.

I. L.

Tele/eXpres, 25 febrero 1976